

das con asesinatos, que podían merecer mas bien el nombre de carnicería.

Goldoni se dejó llevar de la fuerza de estas circunstancias con la inercia del que peca. No poseía gran variedad de gusto ni mucho arte para inventar caracteres; pintó la sociedad, no la vida; y como aquella aplanaba todo lo que hay de escabroso y característico en el hombre, de suerte que quien la retrata se ve reducido á ofrecer en escena tan solo ejemplos de fatuidad en los hombres, de coquetismo en las mujeres ó del choque de frívolas vanidades, no pudo menos Goldoni de presentar costumbres siempre triviales, pasiones superficiales, hombres bellacos aparentando honradez, mujeres sin delicadeza, fisonomías ennegrecidas, en vez de dibujar aquellos cuadros generales, únicos que tienen hermosura fructuosa y duradera.

Pero por otra parte ¿quién mejor que Goldoni manejó la escena y el diálogo? ¿quién en los caracteres, aunque siempre prosaicos, pintó mejor aquella mezcla que se encuentra en la sociedad sin las exajeraciones novelescas? ¿Dónde puede encontrarse tanta abundancia de estilo familiar? Si hubiese nacido francés, su *Bourru bienfaisant* dice hasta donde habría podido llegar; si hubiese nacido entre aquellos sieneses y florentinos á quienes llamaba *cabezas vivas*; ¿qué incremento no habría dado á la lengua, cuando tanto le dió Fagioli que no tiene mas mérito que la dición?

Abrevado en su patria de persecuciones é ignominia, cosa muy comun, la abandonó y se trasladó á Francia; pero al hablar de los aplausos que en aquel país restauraban su fama, decia: *Me parece que me encuentro en mi patria.*

No era menos desgraciada que la situación de la comedia la de los otros ramos de la literatura dramática, lo cual hacia decir á Voltaire: *Los buenos teatros están en Italia, los buenos dramas en Francia.* Pedro Trapassi (1698-1782) vagaba por Roma improvisando: el juriscónsulto Gravina que lo oyó, se lo llevó consigo, helenizó su nombre en el de Metastasio y al morir le dejó una pingüe herencia. El joven dió muy pronto fin de ella, y entonces obligado á trabajar, compuso dramas; y Mariana Culgareli (la Romanina), cantatriz muy aplaudida, atribuyendo sus triunfos á la belleza de los versos de Metastasio, tomó á su cargo la tarea de dirigir, al mismo tiempo que sus afectos, su genio poético.

Llevado á Viena como poeta cesáreo, se captó la voluntad y la protección de María Teresa. Los reyes le honraron y colmaron de presentes á porfía; todas las medianías solicitaban de él aquellas palabras corteses que la vanidad interpreta por juicios favorables; las mujeres, sus protectoras durante su vida, le dieron fama aun entre la posteridad; ¿y quién negará valor al voto de medio género humano? La dulzura, base de su ca-

rácter, hizo que se le perdonasen hasta sus frecuentes incorrecciones gramaticales; pero á veces degeneraba en afectación mimosa por haber escogido asuntos elevados, poco conciliables con la perpetua armonía y el tono madrigalesco del melodrama. Sería usar con él demasiado rigor querer examinarlo como trágico; pero no se puede disimular que empleó divagaciones é insulsezas que la Italia estaba muy lejos de echar de menos. Duplicó y hasta triplicó los enredos de sus piezas dramáticas, trayendo á cada paso reconocimientos por medios postizos, empleando con profusion los apartes y los monólogos obligados, teniendo como estereotipadas las exclamaciones contra el hado ó las estrellas y ciertas espresiones de amor, insípido aun en boca de los héroes. A cada paso salía con una comparación, especialmente en las arias finales, comparaciones que interrumpían el movimiento del afecto que deseaba espresar; manoseó, no pintó las pasiones, deteniéndose en rasgos muy generales, sin distinguir de países ni de edades, y obligado por la celeridad de la composición á exagerar hasta el punto de convertir el amor en melindre y el heroísmo en fanfarronada.

Víctor Alfieri, de Asti, pecó por el vicio contrario. Ya Escipion Maffei, en la primera buena tragedia italiana, la *Merope*, habia mostrado inteligencia de la antigüedad y urdido su plan con sencilla pureza y constante progresion de interes; pero lo vario de sus estudios le impidió llegar á aquella perfeccion de formas que perpetúa la obra. Alfieri (1749-1803), aristócrata, apasionado de la libertad tal cual entonces era predicada, esto es, en abstracto, no habia leído mas que autores franceses, y sin embargo los despreciaba. Despreciaba á Rousseau aunque le imitó y copió; despreciaba á los trágicos anteriores; despreciaba á Italia; despreciaba á los filósofos y á los incrédulos, no menos que á los devotos y á los ignorantes; despreciaba á la nobleza de donde procedía, y á la plebe á quien aborrecia; despreciaba en fin al público, y se propuso dar á Italia un nuevo teatro. Toda pasión en él se convertía en rabia, rabia de estudio, rabia de libertad, rabia de amor; y el desprecio y la bilis le dieron una energía tan opuesta á la flaqueza laudatoria de su tiempo, que pareció originalidad. Por lo mismo que todos se esforzaban por imitar la suavidad de Metastasio, él se hizo áspero y epigramático; suprimió los artículos; despojó la lengua de toda elegancia, el verso de toda armonía [1].

[1] Merecen observarse los estudios que hizo acerca de un verso de su *Filippo*: acto IV, escena 5.º Primero puso:

Ai figli che usciranno del tuo fianco (á los hijos que nazcan de tu seno).

No le gustó el *usciranno* y corrigió:

A quei che uscir den dal tuo fianco figli;

Despues puso:

En su concepto consistía el mérito no en hacer de la tragedia la representación de un tiempo ó el análisis de una pasión, sino en sujetarse á todas las reglas; y al arte se limitaban los juicios que formaron así él como algunos contemporáneos de las obras dramáticas. Dado el fin, caminaba directamente hacia él sin coger una flor en el camino [1]; y de aquí la novedad de sus escritos, consistente en prescindir de los accesorios que emplea la tragedia francesa, no reemplazándolos, empero, con nada, ni aun con la magnificencia y la sublime ingenuidad de la tragedia griega, antes bien prescindiendo estudiadamente del lenguaje lírico que es del carácter de esta. Así ¿cuán horrible es el mundo que describe! Sus catástrofes son espantosas; su política las heces de la de Maquiavelo; sus tiranos tales como no los tiene el infierno; sus malvados hombres que hacen profesión de perversidad.

Pero debe agradecerse á Alfieri el haber hablado perpetuamente de Italia, cooperando á mantener vivo el recuerdo de su nombre á lo menos, ya que todo lo demás habia perecido, y el haber querido hacer de la tragedia una fuente de elevados sentimientos. Por lo demás, despreciando á su siglo, hubo de recurrir á los pasados; y fomentó los recuerdos, nunca fecundos, sin conocer los progresos ni las necesidades de la sociedad moderna. Sus obras no hacen amar la libertad, pero incitan á execrar la esclavitud; agotan toda clase de sensibilidad, inspiran grande aborrecimiento contra los tiranos, sobre los cuales, desdeñando al pueblo, concentra el autor toda su intencion; pero los tiranos que pinta son atroces, que no pueden los modernos ser comparados con ellos, de manera que aun el odio que escitan se dirige igualmente contra lo pasado. Así Alfieri dió á Italia un teatro nuevo, pero no nacional.

Quiso tambien poner en escena la política en las comedias que intituló el *Uno*, los *Pocos*, los *Muchos* y el *Antídoto*, en las cuales se advierte la novedad de hallarse presentados los héroes por el lado prosaico. En la *Tiranía*, exajeracion de las exajeraciones de Rousseau, sostuvo la libertad antigua y atacó las artes y la industria, afirmando que los pueblos cristianos eran mas esclavos que los orientales, y aconsejando que para vencer la tiranía se pusieran todos de acuerdo en negar la obediencia al tirano: como si dado

A quei figli che uscir den dal tuo fianco;  
Y por último:

Ai figli che uscir denno dal tuo fianco.

[1] "Mi manera de proceder en este arte, y así lo quiere á mi pesar con frecuencia mi naturaleza, es caminar siem; re cuanto puedo á grandes pasos hácia el fin; por lo cual tengo que prescindir por completo de todo aquello que no es absolutamente necesario, aunque pudiera ser de sumo efecto." *Vida de Alfieri.*

el acuerdo comun, la tiranía fuese posible [1]. En el *Principe y las Letras* negó que el regio favor produjese hombres de ingenio, y por el contrario se propuso demostrar cuán nociva es para éstos la protección; tambien en muchos de sus versos escarneció al poder; en la *Etruria* puso en las nubes á Lorenzino de Medicis el tiranida; en las *Sátiras* hizo gala de su orgullo misantrópico; y sin embargo, siempre agrada sus obras, porque tiene lo que les falta á sus contemporáneos, es decir, la pasión. Cuando sobrevino la revolución, no la comprendió: repugnábale como conde aquella dominación de los abogados; maldijo bajamente de los franceses, y creyó que aquel seria un trastorno pasajero, por lo cual dedicó al porvenir algunas de sus tragedias, y al principio de tan inmenso movimiento hizo una edición de sus obras con fecha posterior: tal era la convicción en que estaba de que nada podría aprender de la revolución francesa.

El abate Melchor Cesarotti [1730-1808] se atrevió á luchar con las notabilidades y creer que las habia vencido á todas. En los círculos venecianos, á quienes agradaba la cultura fácil á semejanza de los parisienses, si bien eran menos activos que éstos, infundió el gusto francés haciéndose jefe de escuela con solo imitar. Hombre muy culto y versado en muchas lenguas, escribió memorias académicas exentas del vicio de pesadez, y juzgó con buen gusto los escritos de sus contemporáneos. Sin embargo, insensible á los atractivos de la ingenua belleza y de la robustez de una literatura primitiva, tradujo á Demóstenes vistiéndole el traje del siglo, y aun afeándolo con intercalaciones pedantescas no obstante el odio que profesa á la pedantería. No bastándole además haber atestado de fastuosa poesía las austeras formas de Homero al traducirlo (2), quiso regenerarlo en una *Muerte de Héctor* que publicó, en la cual redujo al poeta griego al nivel en que lo hubieran colocado las escuelas, con censuras semejantes á las de La Moth, deducidas del punto de vista menos filosófico; es decir, no considerando en la civilización sino el refinamiento, y mutilando por tanto los rasgos de osadía; dando mayor dignidad á los dioses, mayor racionalidad á los hombres, sustituyendo la cortesía á la elocuencia, la etiqueta á la imaginación, y vistiendo al coloso con la chupa y la peluca de su tiempo.

Más afortunado fué con *Ossian*, donde impunemente podia emanciparse y adornar á

(1) Esta idea se le habia ya ocurrido al bufon de Felipe II cuando le dijo: "¿Qué haría tu majestad si cuando dices *si* todos dijeran *no*?" Esto dice tambien con corta diferencia Lamennais en las *Palabras de un creyente.*

(2) Puede bastar como muestra la protasis: Del hijo de Peleo, de Aquiles, oh Diosa, Cántame la ira, ira fatal.

su modo la medianía del escocés, á quien los ilusos contemporáneos hacían superior á Homero y á Isaías. También Cesarotti multiplicando las comparaciones entre el fingido bardo de Caledonia y Homero, da casi la palma á aquel; sin embargo, los extranjeros mismos confiesan que Ossian vale mucho más en la versión italiana, que en los fragmentos postizos de Macpherson. A Italia eulogó esta versión, y sus musas, vueltas las espaldas al Olimpo, á Himeneo, y las Gracias, no hablaban más que de nieblas, sombras y abetos, arpas sacudidas por el viento y fantásticas melancolías [1].

Estudiábase entonces poco y mal el idioma patrio; la academia de la Crusca dormía; á algunos se tomaban el frívolo y fácil trabajo de despojar á los clásicos para enriquecerla: Alberti de Villanova pensó en redactar un nuevo diccionario, y lo hizo menos mal por haberlo hecho solo. La exageración con que por una parte se pretendía que la pureza consistía únicamente en los vocablos admitidos y consignados en el diccionario, mientras por otra se negaba al dialecto más bello el derecho de lengua nacional, traía divididos á los escritores en pedantes como Corticelli, Vanatti, Branda, Bandiera, mientras que otros emancipándose de todas las reglas como la mayor parte de los lombardos y los que se dedicaban á traducir ó escribir obras científicas, querían introducir una especie de libertinaje en el manejo del idioma patrio, pagándose exclusivamente, como ellos pregonaban, con decir cosas, como si fuera posible espresarlas sin el buen uso de las palabras ó como si pudieran manifestarse los propios pensamientos sin idioma. Napione, erudito cual ninguno, en su obra titulada *Del uso y de las prendas de la lengua italiana*, hizo todo lo posible para disuadir á sus compatriotas de servirse en sus escritos de los idiomas latín y francés como solían practicarlos sus conciudadanos los piemonteses, y dictó reglas que el P. Cesari reputó laxas al paso que el abate Melchor Cesarotti las calificó de muy rígidas. Este último, en su Ensayo sobre la filosofía de las lenguas, se esforzó en reducir á teoría lo que había practicado escribiendo en su idioma; pero no hizo más que aplicar al italiano las doctrinas que de Brosses había establecido con respecto al idioma francés: y finalmente, elevándose sobre la chusma de los gramáticos, queriendo considerar el idioma en todas sus relaciones con los demás ramos de los conocimientos humanos, salió á la palestra para combatir contra los que reputaban muerta la lengua italiana, y sentó como principio que no mediando diferencia ninguna entre ésta y los varios ramos de los demás conocimientos, era menester

[1] La obra maestra del ossianismo fué el *Nacimiento de Cristo*, de Pelegrino Gaudenzi, obra ensalzada hasta las nubes y ofrecida como modelo á los jóvenes.

rejuvenecerla atesorando vocablos y formas propias de otros idiomas, sujetando, sin embargo, su admisión, á un consejo de doctos para que no rayase en el exceso; proyecto desastroso y remedio mezquino [1].

Es cierto, sin embargo, que nuestros literatos en sus aplicaciones no marchaban con el pueblo, así que sus sistemas no carecían de la mejor sanción, quiero decir, de la aplicación práctica. Entablában cuestiones ó procuraban despertar sentimientos que el pueblo no experimentaba ni comprendía; por lo cual sus teorías ó se reducían á delirios, ó les obligaban á imitar servilmente á los extranjeros. He aquí por qué el influjo francés llegó á generalizarse en Italia en la segunda mitad del siglo pasado, revelándose así en Metastasio que entresacó de Racine conceptos y combinaciones dramáticas, como en los controversistas, principalmente napolitanos, que tomaban sus argumentos de las ideas patrocinadas por los partidarios de las libertades galicanas, como en los economistas que repetían á cada paso y pretendían aplicar las teorías proclamadas por los extranjeros. La arquitectura, la pintura, el drama, la sátira, la novela, todo era un vivo testimonio del francesamiento nauseoso que había prevalecido en Italia. Las mismas modas, aunque poco conformes á las costumbres italianas, se adoptaban por la misma razón: en Venecia se ponían en escena á la sazón comedias francesas, y en Bolonia se publicaba un periódico escrito en aquel idioma en el año de 1761. Parini escarneaba con fina sátira á los aristócratas porque no

(1) El P. Cesari y Melchor Cesarotti hicieron gran ruido en Italia con sus escritos filológicos, los cuales á pesar de que tienen un fondo de verdad, vasta erudición y conocimiento profundo del idioma patrio, rayan en excesos contrarios. Cesari, que se había educado en la escuela clásica, no quería admitir más lengua toscana que la que se había usado en los siglos XIII y XIV; y hablando de ellos exclamaba con énfasis, ¡Oh dichosos tiempos! ¡Oh edad de oro, en que se encontraba la flor de nuestro idioma también en las listas de las hosterías! Cesarotti por el contrario, era partidario de todos los galicismos modernos y decía, ¿por qué no usar é italianizar aquellas frases tan concisas, y aquellas expresiones tan vivas que son propias del idioma francés, si estas pueden enriquecer nuestro lenguaje? Los doctos italianos culpaban al primero de pedante, y al segundo le dieron el renombre de filólogo ateo, de corruptor del idioma patrio y de afrancesado.

Nosotros, juzgando á entrambos más imparcialmente, diremos que Cesari merece elogios por haberse opuesto con su rigorismo á la invasión del idioma francés en Italia, y que sus pedanterías mismas van siempre acompañadas de reflexiones muy atinadas; y con respecto á Cesarotti no dejaremos de convenir en que dió á su idioma patrio una viveza y fuerza de expresiones hasta entonces desconocidas.

[Nota del traductor.]

hallaban apreciable sino lo que se traía de Francia, fuese un sastré ó una nueva tesis filosófica; Maffi en el *Raquet* atacó con las armas del ridículo á los que salpicaban el idioma patrio de frases y palabras francesas: Chiari elevaba muy á menudo altos lamentos porque pensara en francés el que había tenido su cuna en Milán, porque se creyese á lo que parecía, que nada malo se publicaba en Francia, y porque las señoras contentas con balbucear el francés ignoraron el idioma toscano (1); y añadía: "hemos adoptado de los extranjeros el traje, el idioma y hasta sus vicios, pero no nos hemos desprendido en cambio de nuestras grandes preocupaciones.

Entre el reducido número de los escritores que supieron eximirse del *contagio*, traeré á la memoria de mis lectores á Juan Carlos Passeroni, de Niza. [1713-1802], eminente varón que poetizó sobre una gran multitud de argumentos y de fabulas, y que principalmente cobró fama por haber escrito una *vida de Cicerón* en ciento y un cantos y once mil noventa y siete octavas, en las que [según había aprendido de Sterne] sacó partido de todas las circunstancias que se le presentaron para entrar en digresiones con respecto á las costumbres, usando siempre de un lenguaje muy correcto (2) y de un candor que le granjea el afecto de sus lectores, aunque su demasiada fluidez degenera alguna que otra vez en flojedad, en excesiva verbosidad y en una sencillez que tiene algo de grosero.

Gaspar Gozzi, noble veneciano (1718-1786) y rodeado de una familia de versificadores, pues que poetizaba su esposa, su hermano y sus tres hijas, vivió en continuas angustias (3)

(1) La moda sujeta frecuentemente á su imperio, la fuerza del instinto, los sentimientos de nacionalidad y hasta la misma razón: así es pues, que sus opositores algunas veces siguen sus impulsos aunque emiten teorías enteramente contrarias. El abate Chiari que reconvenía á sus compatriotas porque se mostraban muy afectos á los usos, á las modas, á la literatura y al lenguaje francés no dejó de salpicar sus escritos con palabras, frases y giros enteramente franceses

[Nota del traductor.]

(2) Parini dice claramente que se confiesa obligado sobre manera á Passeroni por haberlo inducido á que dejase de usar en sus versos frases que no estaban admitidas excitándole á vulgarizar nuevamente los idiotismos de los antiguos toscanos.

(3) Con este motivo decía cantando en su dialecto.

Patti, non fee mai versi;  
Perderee la salute col guidizio;  
Stentaree el di, non saree mai quieti.

Traducción literal.

Jovencitos no hagais nunca versos:  
Perdereis la salud y el juicio  
Padeceis siempre; no estareis nunca tranquilos.

y para mantenerse hizo muchas traducciones desiguales por su mérito, y frecuentemente puso en algunas de ellas su nombre aunque hechas por personas inespertas. Entre las obras de este escritor, merecen un lugar preferente en el Parnaso italiano, sus sermones; su *Observador* se compone de una serie de artículos llenos de viveza y muy ligeros, que regalan el oído, pero dejan por su insustancialidad el ánimo vacío. Algunos le han culpado de ser demasiado veneciano en sus escritos; sin embargo, en ellos lejos de encontrar el retrato fiel de los últimos tiempos de la república de Venecia, no se encuentran más que noveluchas muy vulgares y chascarrillos insulsos; carácter que conserva en otras muchas producciones suyas, aunque están escritas en un lenguaje más esmerado y en un estilo más sóbrio y sencillo que el que solía usarse en su época. La academia de los *Granelleschi*, fundada por Gaspar Gozzi y su hermano, con un sacerdote eunuco, y condecorada con símbolos y nombres alusivos á su deshonesto título, se proponía por objeto reformar el gusto con argumentos que representaban escenas groseras, y declarando guerra abierta á Chiari, á Goldoni, á los versos inventados por Jacobo Martelli (1), á la afectada imitación francesa. Pero, á pesar de lo dicho, el amor al idioma toscano y al arte que depende del genio, volvían paulatinamente á desperdarse.

Otros poetas se esforzaban también por salir del cieno de la época; pero creían no poderlo lograr sino asiéndose imitadores. Así es que Alfonso Varano se dió muchísimo trabajo por imitar á Dante, y Juan Fantoni (1755-1807) llamado entre los académicos árcades Labindo, quiso remedar el estilo de Horacio hasta en el metro y en el uso de las frases, llegando en ciertas ocasiones á hermanar con el más extraño conjunto las frases del bate, latino con los conceptos y modos ossianicos. Sus Augustos y Mecenas eran el marqués de Malaspina, *vástago de heroes, terror de las fieras* y de los generales y almirantes de su tiempo; y porque Horacio había imprecado y maldecido á los primeros navegantes, él hizo lo mismo contra los que profanaban el reino inviolable de los rayos. Desde el pequeño territorio de Lunigiana, "su patria," dirigió la vista y sus arranques poéticos á Rodney, á Vernon, á Elliot, que en el herálcico confín de Gades despreciaba la muerte; á Washington que escudaba á la americana libertad naciente

[1] Estos versos son muy parecidos á los alexandrinos de los franceses; pero los italianos solían usarlos en el siglo pasado en las comedias que se llaman *de capa y espada*. Pero los versos mencionados que se llaman comunmente *martellianos*, hoy han caído en total descrédito; así que han quedado más bien como un monumento poético que como un metro especial adoptado por los poetas italianos.

[Nota del traductor.]

de las iras maternas. Conociendo que los males de la península itálica se originaban del letargo y corrupción en que yacía (1), juró si el turbion errante de las guerras transalpinas descendía amenazador desde las fronteras saboyanas á Italia, convertirse en nuevo Alceo, y defender contra los tiranos la trémula libertad. Dedicó sus últimas odas á aquellos

[1] En 1791 cantaba así:

Invan ti lagni del perduto onore,  
Italia mia, di mille affanni gravida;  
Tu fosti invitta fin che il tuo valore  
E le antichi virtù serbasti inpávida...  
Or druda e serva di stranieri genti,  
Raccorcia il crin, brevela goana, il femore  
Su le piume adagiato, i di languenti  
Passi oziosa e di tua gloria inmemore.  
Alle mense, alle danze i figli tuoi  
Ti sieguon sconsigliati....  
Ebra tu dormia tuoi nemici in braccio.  
La verginella dal materno esempio,  
Lascivia apprende....

e in mezzo al tempio  
Notturni furti sogghignando medita.

... Lo sposo consapevole...  
Delle vergogne sue divide il prezzo,  
E con baci comprati i torti vendica...  
Cinta di mirto, profumata, ignudo  
Il petto—ehl abbassa vergognosa il ciglio.  
Squarcia le vesti dell'obbrobio; al crine  
L'elmo riponi, al sen l'usbergo; déstati  
Dal lungo sonno, e sulle vette a pine  
Alle difese e ai trionfi apprestati.

- 1º En vano te lamentas del perdido honor,
- 2º Italia mia de mil afanes abrumada:
- 3º Tú fuiste invencible hasta que tu valor
- 4º Y las antiguas virtudes conservaste impávida.
- 5º Ahora manceba y sierva de estrañas gentes,
- 6º Cortado el pelo, recogido el sayo
- 7º Sobre plumas recostada, los días lánguidos
- 8º Pasas ociosa y de tu gloria olvidada.
- 9º A los banquetes, á los bailes los hijos tuyos
10. Te siguen mal aconsejados....
11. Ebria tú duermes, de tus enemigos en brazos.
12. La doncellita del materno ejemplo
13. Lascivia aprende....
14. Y en medio del templo
15. Nocturnos entretenimientos, sonriendo medita.
16. El esposo consentidor....
17. Del deshonor participa el precio,
18. Y con besos comprados sus agravios vendiga....
19. Coronada de mirto, perfumada desnudo.
20. El pecho ¡ah! baja vergonzosa el párpado.
21. Rasga las vestiduras del obrobio; en la cabeza
22. El yelmo vuelve á ponerte, al pecho la coraza; despiértate
23. Del largo sueño y sobre las cimas de los Alpes
24. A las defensas y á los triunfos prepárate.

personajes cuyo nombre y cuyas manos habian quedado incontaminadas en los postres diez años del siglo pasado. Angel Mazza, natural de Parma, que se colocó en la misma línea que el Fantoni con respecto á los modernos, queriendo regenerarse con tomar por modelo á los ingleses, evitó la negligencia frugoniana y aquella pompa tan propia del barbarismo; pero haciendo alarde de doctrinas y envolviéndose en dificultades y en circunloquios llegó á sostenerse afectando un tono elevado que rayaba en oscuridad, á pesar de que parecía nobleza. Grabaron su efigie en una medalla con este epígrafe: *Homero viventi*, y hace muy poco que se comparó con Dante.

A todos estos sobresalió José Parini, milanés [1729-1799]. Disgustado de la afectada elegancia, de la insulsa fluidez, de la trivial facilidad de los contemporáneos, usó de un lenguaje majestuoso y sucinto; en lo cual no dejó de escudarse, pues de lo elegante pasó á lo oscuro y de lo noble á lo inusitado, ofuscando con latinismos, perifrasis y artificios los sentimientos destinados á hacer mella en la multitud. Sin embargo, su propósito fué sacar á la poesía de las futilidades corruptas en que se hallaba envuelta para convertirla en auxiliar de la civilización, expresión de la sociedad y propagadora de los oráculos de la época, castigando al vicio y aplaudiendo el mérito. En cada una de sus odas se propuso un objeto elevado y social (1) y mucho mas en la composición que lleva por título *El Día*, donde irónicamente describió la vida afeminada de los jóvenes señores, y predicó la igualdad natural de los hombres y el respeto debido á los criados y á los artistas. Escribióla en versos sueltos; pero no era él de aquellas medianías que dejan el arte en el punto donde lo encuentran. Así cuando Baretti la leyó, dijo que tales versos le habian quitado la antipatía con que miraba semejante metro, y Frugoni exclamó: "¡Paradiez! yo creía ser maestro en el verso suelto, y ahora conozco que no soy ni aun aprendiz." Pero Baretti y Frugoni no tenían presente que no se enaltece un tema árido con nobles frases; que la forma se engrandece cuando es grande el asunto, y que la verdadera poesía es aquella que, como la de Parini, conserva y hermosea las tradiciones nacionales, despliega á la vista el cuadro verídico de la vida real, y escita la vida mas sublime del sentimiento.

#### ITALIA AL ESTALLAR LA REVOLUCION.

Ya hemos dado una idea de la literatura

[1] Como poeta de la civilización es considerado Parini en el fragmento de una obra nuestra relativa al siglo XVIII, fragmento impreso en 1833, despues en Milan en 1842 al fin de las *Reflexiones sobre la historia de Lombardía* en el siglo XVII, y en 1843 en Paris al frente del *Palacio italiano* de Baudry.

italiana bajo el punto de vista de las necesidades sociales. Pero mientras los italianos proclamaban sus sistemas sosteniendo á veces hasta las mas aventuradas utopias, no mostraban advertir la tormenta cuyas nubes se iban agolpando en Francia; y ningún sentimiento de la inminente revolución se encuentra ni aun en los libres pensadores italianos, los cuales esperaban la reforma del tiempo y de los monarcas. El abate Bertóla escribía entonces una filosofía de la historia en la cual ensalzaba la perfección de los sistemas políticos existentes, diciendo que los pueblos se hallaban, gracias á esta perfección, libres para siempre de trastornos; que eran pocas, y esas pacíficas, las reformas que faltaba realizar, y que "ya no tenía la Europa una revolución." Esto se decía en 1787.

Y á la verdad, al ver cómo se disponían las cosas, la prudencia humana habria dicho: Roma ha concluido su tiempo y desaparece; los monarcas, concentrada en sus manos toda la autoridad pública, se hacen despóticos; pero en vez de tiranizar, llévan á efecto las mejoras proclamadas por los filósofos; y éstos y aquellos caminarán de acuerdo para procurar el bien de los pueblos, los cuales satisfechos con tener quien mire por ellos, gozarán de estos bienes en una beatitud ajena de cuidados.

¡Pobre prudencia humana! Hoy sabemos que estaban á punto de realizarse grandes sucesos que debían cambiar el órden y la naturaleza del progreso, de las ciencias de los sábios, de las aplicaciones de los reyes, de las pretensiones de Roma; y que tantas mejoras parciales sugeridas por los literatos, iniciadas por los príncipes, perderían toda su importancia en un movimiento universal que renovaría la sociedad.

Para nuestros padres ha debido ser por cierto una buena lección el espectáculo del repentino hundimiento de los edificios que súbitamente se habian elevado por los gobiernos anteriores á la revolución de 1789. En Toscana este espectáculo no fué tan extraordinario como en otras partes, porque á la verdad las reformas no habian tocado á la raíz de la sociedad, y el pueblo estaba acostumbrado á recibirlas con cierta benévola inercia; pero aun allí, cuando Leopoldo partió para sentarse en el trono imperial, se suscitaron vivas reclamaciones: Pistoya se amotinó para anular las innovaciones de Ricci; en Liorna los mozos de cuerda, llamados *venecianos*, prorumpieron en insultos, especialmente contra los judíos; otras ciudades los imitaron, y Fernando III, que acababa de suceder á Leopoldo (1790), se apresuró á restablecer muchos de los abusos abolidos por su hermano, para captarse la gratitud del pueblo; renovó el rigor de las penas, porque el país habia llegado á ser un punto de refugio de todos los malvados de las cercanías; é impuso nuevamente trabas al comercio, por lo cual se encarecieron los víveres y duró la carestía mientras duraron los obstáculos

los para el tráfico interior. Por lo demas, siguió las huellas de su hermano empleando menos espías; y haciéndose toscano, separó los intereses del país de los de la casa de Austria.

Venecia, desde la paz de Passarowitz, se habia visto despojada de la Morea y reducida á la situación en que estaba cuando se verificó su caída. Poseía el ducado, esto es, las islas y contornos de las lagunas; las provincias de Padua, Vicencia, Verona, Brescia, Bérgamo, Crema, Polesina de Rovigo, y la Marca Trevisiana que comprendía á Feltre, Belluno y el Cadór; al Norte del golfo el Friul y la Istria; al Levante la Dalmacia veneciana con las islas dependientes de ella; parte de la Albania, esto es, el territorio de Cattaro, Butriuto, Praga, Prevesa y Vozizza, y en el mar Jonio las islas de Corfú y Paxo, Santa Maura, Cefalonia, Teaki, Zante, Assó, las Estrófadas ó Estrivales y Cerigo. En 1722 los estadistas daban á esta república 4.500.000 almas; hacían subir sus rentas á seis millones de ducados [siendo el ducado 17 reales con corta diferencia] y la deuda á 23 millones.

En el gobierno la soberanía correspondía al gran consejo, compuesto de todos los patricios mayores de veinticinco años y que entonces tenía mil doscientos individuos; queríanse doscientos para deliberar en los casos ordinarios, y ochocientos en los mas graves, para desterrar la posibilidad de combinaciones y cábalas ambiciosas. El gobierno estaba confiado al senado anual, elegido por el gran consejo y compuesto de ciento veinte miembros, además de los magistrados, patricios durante su cargo; y componían el poder ejecutivo los señores ó sea el colegio, formado por el dux, por seis consejeros, tres jefes del tribunal de los cuarenta, y diez y seis sabios. La justicia estaba en manos de cuatro tribunales electivos, tres de los cuales formaban la *cuarentía* civil y uno la criminal, cuyo presidente tenía asiento entre los señores, y cuyos individuos lo tenían en el senado. El ministerio público cerca de estos tribunales estaba desempeñado por los *abogados*. El consejo anual de los Diez tenía á su cargo la policía, y elegía de su seno anualmente dos inquisidores negros y uno rojo del colegio por ocho meses, los cuales constituían la inquisición de Estado. Excepto el dux y el procurador de San Márcos, las demas magistraturas eran temporales, y tanto, que el gran consejo hacia hasta nueve elecciones por semana, además de las correspondientes al senado. Los emolumentos eran escasos, y los patricios en los empleos de honor y de ostentación que desempeñaban en las provincias y en las córtes, sostenían sin mira ninguna de economía el decoro de su patria y el suyo propio (1).

[1] Los podestás ó corregidores de Bérgamo, Brescia, Verona, Placencia, Padua y Treviso, el lugarteniente de Udine, el proveedor general de